con la pena de muerte tanto tiempo metido en la cárcel. A los pocos días le sacaron de la celda con la pena de muerte conmutada y después salió a trabajar fuera y yo podía verle, hasta que le dieron la libertad. Él no ha salido nunca de aquí, estuvo de ordenanza en la cárcel y luego le sacaron a Jadraque y a otro pueblo donde estuvieron haciendo un túnel. Desde allí le dieron la libertad, pero en todo este proceso estuvo siete años y pico en la cárcel antes de volver a casa. Cuando murió nuestro hijo, no le dejaron venir a verle; así que ni el cuando murió nuestro hijo, no le dejaron venir a verle; así que ni el control de la cárcel antes de volver a casa.

padre vio a su hijo ni el hijo vio a su padre. Salió con la libertad total. Se ve que el estar trabajando redimía, a pesar de ser conmutado o cualquiera sabe si revisarían su causa y tenía menos de treinta años, pues ya sabes que explicaciones nos daban pocas. Pero cuánto miedo pasaría y qué angustia viendo sacar a fusilar a tantos como mataron en Guadalajara! Y si antes no éramos políticos tampoco lo fuimos después. Yo siempre he sido católica y sigo siéndolo y en la cárcel no he dejado de oír misa cada día si la salud me respondía y mi mari do nunca se ha metido en nada. Yo creo que le detuvieron porque sus primos, que eran del transporte, al comenzar la guerra se pusieron con los camiones al servicio de la Repú blica. Caro les costó. Fusilaron a cuatro y la madre estuvo con pena de muerte. A ella y a uno de los hijos se la conmutaron. Si contáse mos las calamidades que hennos pasado no terminaríamos nunca. Ya han pasado muchos años y no hemos olvidado, pero no queremos vengarnos, lo pasado, pasado está, sólo queremos paz, y vosotros que seguís luchando que tengáis suerte. A ver si tenemos algún día más libertad en nuestra España.

III. ÁNGELES MORA: PASOS CLANDESTINOS

Vivía en Puertollano (Cuidad Real) cuando estalló la guerra en 1936. Era el año en que yo terminaba el bachillerato. En enero de ese año había ingresado en la FUE.

Toda mi familia era de ideas progresistas. Mi hermano pequeño era pionero. El Partido Comunista me pidió si podía colaborar para copiar material del partido. Tenían confianza en toda mi familia.

Mi padre era ortopédico y cuando estalló el movimiento puso todo su material: piernas, brazos artificiales, material quirúrgico a disposición de la República y se marchó el primero de agosto de maestro armero al frente.

Mi hermano pionero, que tenía catorce años, se nos fue al frente tres veces. Mi padre le hacía volver a casa y a la tercera vez le dijo: Cuando oigas el ruido de las bombas tú mismo regresarás por miedo. Pero continuó en el frente. Cuando terminó la guerra tenía diedite años y era teniente.

En Puertollano se inauguró un Hospital de Sangre y me presenté mono enfermera voluntaria. Mi madre era maestra y se puso a disposinon del Partido para dar clases por las tardes a los jóvenes que se iban dutando para el frente. Mi madre también ingresó en el Partido.

En abril de 1937 conocí a mi marido en el hospital, era francés muntario de las Brigadas Internacionales, en la Ciudad Universita-Más tarde, en Extremadura, cuando le hirieron, formaba parte la XIV Brigada Internacional.

Me casé en octubre y estuve únicamente ocho días con mi marilim Tres meses más tarde él tenía que volverse a Francia. Estuve milando entre mi obligación de esposa y mi deber de militante: har harme a Francia, donde se vivía bien en aquel momento y donde no corría ningún peligro o quedarme en Ciudad Real separada de mi marido, al lado de los que luchaban, con el pueblo español». Opté por quedarme. Fui a despedirme de él a Valencia cuando se marchaban las Brigadas Internacionales.

Cuando me vio llegar sin maletas, se quedó extrañado. Le dije: «He dejado mi equipaje en Ciudad Real porque mi deber es quedarme con mis compañeros de lucha». Lo comprendió perfectamente.

Se produjo el golpe casadista el día 8 de marzo de 1939. Ciudad Real fue republicana hasta el 31 del mismo mes, fecha en que entraron las tropas de Franco. Me encontraba en la sede del PC. Estábamos celebrando una conferencia, asistían muchos miembros del Comité Central, comisarios políticos, oficiales del Ejército Republicano y toda la dirección del Comité Provincial. Nos dimos cuenta de que estábamos cercados. Los casadistas trajeron brigadas del frente de Extremadura. Les habían dicho que había un foco de fascistas que se querían sublevar contra la República. Estos soldados engañados, con tanques y morteros destruyeron el edificio, hubo muchos muertos y heridos y a los que nos quedamos indemnes nos detuvieron y nos metieron en prisión.

Antes de llevarnos a la cárcel nos tomaron declaración. Para aclarar nuestra situación declaramos ser miembros del Partido, nuestras responsabilidades, cuánto habíamos hecho para defender la República, jugándonos la vida por ella. Las declaraciones, firmadas por nosotros, los casadistas las entregaron a las autoridades franquistas. Ya no nos pidieron ninguna declaración más. Todo estaba preparado para el juicio que después hicieron.

La noche que entraron las tropas de Franco fue terrible, yo no deseo ni a mis más grandes enemigos pasar momentos parecidos. Haber escuchado hasta el último momento el Himno del Riego, la Internacional, todos nuestros cantos revolucionarios y de repente oír cantar Cara al Sol, el griterío de la multitud que vitoreaba a los vencedores y a Franco, oír cómo atacaban la puerta de la cárcel con maderos para asaltarla, para hacer una masacre... Fue el director de la cárcel quien se opuso a que entraran. Su actitud salvó la vida a los pocos que nos salvamos.

Así se demostró la sangre fría y el valor de nuestros camaradas. Algunos tuvieron debilidad, era natural y humano en aquellos momentos en que estábamos seguros que nuestras horas de vida eran contadas. No todos estábamos preparados para los momentos que estábamos viviendo. Algunos tuvieron crisis nerviosas, alguno des

trozó el carnet del Partido, pero la inmensa mayoría dijo: «¡No!, a mí me fusilan pero con el carnet del Partido en la mano.»

Las mujeres comunistas hemos sido admiradas por nuestra disciplina y dignidad. Nunca insultaron a nuestro grupo, como hemos oído a los carceleros hacerlo con otras presas que llegaron más tarde.

Detuvieron a tres mujeres de la Junta Casadista. Tenían más miedo a nuestra reacción que a la de los franquistas. Estaban más blancas que la muerte de miedo al ver que las ponían con las comunistas, pero no les dijimos absolutamente nada. Para nosotras quedaba claro que eran presas de Franco y que su error lo pagarían caro. Las tres mujeres de la Junta, quienes además eran dirigentes del PSOE de Ciudad Real, nos miraban despectivamente, para ellas era un galardón, prueba de su colaboración, el terminar la guerra sólo con los vencedores, y de nosotras temían la venganza.

Las pusieron inmediatamente en celdas de incomunicación. Nosotras buscamos inmediatamente la manera de comunicar con ellas, de pasarles por debajo de la puerta mensaje, de pasarles trocitos de arenques que aplastábamos, trozos de pan finos que pudieran pasar por debajo de la puerta de sus celdas. Establecimos una correspondencia entre ellas y nosotras durante tres o cuatro meses antes de que fueran ejecutadas a garrote vil.

Muchos presos de aquella época estuvimos condenados a muerte. Yo estuve incluso en capilla quince días, hasta que me conmutaron la pena a treinta años y un día.

De nuestro grupo todas estábamos condenadas a muerte pero la unica que fue fusilada fue Elena Tortajada, miembro del Partido y una gran oradora. Cuando Dolores Ibarruri fue a dar un mitin en la plaza de toros de Ciudad Real, Elena Tortajada habló también en ese mitin.

Elena Tortajada fue denunciada y detenida con su niño de dos meses. Fue condenada a muerte, como la Ley no permitía matar a la madre mientras amamantaba al niño, es decir, hasta que el hijo tuviera nueve meses, al día siguiente de que su bebé los cumpliera la ejecutaron. De madrugada la pasaron por nuestra sala, al pasar ante nosotras nos entregó a su niño diciendo delante de los guardias y soldados con voz clara y firme: «Aquí os confío y os pido que le eduquéis y le inculquéis mis ideales y que nunca olvide por qué murió su madre». Supimos después, que hacía dos días que había llegado a la carcel su indulto. Sé que ese chico, que hoy es un hombre, vive en

Madrid, pero no le habrán explicado por qué y cómo murió su madre.

En la cárcel de Guadalajara había una muchacha de diecisiete años, miembro de la Ejecutiva de la JSU. Ella fue un modelo de entereza y de conducta. Yo siempre me he mirado en ella, ha sido siempre mi ejemplo. Una gran luchadora: Margarita Sánchez.

Fui trasladada al penal de Durango hasta final de marzo de 1940. Se trataba de un convento de monjas que lo habían habilitado como cárcel. Las monjas eran francesas. Los franquistas fusilaron a trece de ellas al azar porque todas se negaron a declarar que habían sido violadas por los rojos, estaban enterradas en el mismo jardín del penal.

Cuando bajamos al patio del Penal las monjas nos decían: «Hijas mías, corred, pasearos por todo el patio pero en este trocito no, que aquí están enterradas nuestras hermanas.» Es, gracias a ellas, que el cónsul de Francia vino a verme, puesto que era esposa de un francés, para ver si podía conseguir mi libertad. Estas monjas fueron de una ayuda extraordinaria para todas nosotras.

Un día que acababa de cumplir tres días de castigo en celda incomunicada, estando todas las presas formadas, un guardia llama a Ángeles Mora: el director pide que me presente a su despacho. Cuando llego me dice: «Está usted en libertad.» Yo no hice caso porque él me enseñaba una orden telegráfica y yo no quería salir, tenía miedo de que me aplicaran la ley de fugas. Pero salí, salí en libertad. Era cierto. ¡Estaba libre!

Tomé un pequeño tren que circulaba de Durango a Bilbao. Cuando salí del penal con un abrigo muy largo me di cuenta que la moda había cambiado. Con mi maleta y con lo que pudieron colectar mis compañeras pude comprar el billete. En el tren todo el mundo me miraba y decía: «Pobrecita, ¿viene usted del penal?» Yo no sabía qué contestar, pero lo confirmé. Se levantaron un hombre y una mujer y fueron a pedir en todos los asientos del vagón recogiendo comida y dinero; yo no me atrevía a cogerlo y me insistían: «Esto es para usted, para que pueda comer los primeros días.» Llegué a Bilbao y al bajarme, un señor del vagón dijo. «Espere», y con otro hombre me cogieron los paquetes y me llevaron a otra estación donde se hacía el cambio para llegar al pueblo de mi tío. Al pasar delante de una gran casa de aspecto señorial me dijeron: «Entre.» Me introdujeron en la portería y me sirvieron un tazón de leche con chocolate y bizcochos. Yo no podía probarlo, tenía tanta emoción dentro de mí desde que salí del Penal y ver lo protegida que me sentía inmersa en una verdadera cadena de solidaridad. Lloraba

pero no podía comer. Me compraron el billete en la estación. Otro grupo de personas me trajo plátanos y en un papel una cantidad de moneda entre algunos y cariñosamente me decían: «¡Buen viaje!».

Cuando llegué a Zaida, en casa de mi tío nadie me esperaba, no me conocían, sólo sabían de mí por mi madre que les contó que estaba en el Penal. Un hijo de ellos que estudiaba para cura fue voluntario al frente y murió defendiendo la República. Me acogieron con un inmenso cariño y toda la casa se llenó de gente que quería que le explicara todo. De Zaida me marché a León, pero allí la familia sólo me acogió porque era hija de su hermana. En esa casa se hablaba mal de los rojos. Cuando estalló la guerra en Francia deseaban que los alemanes aplastaran a todos los franceses. Yo sufría tanto moralmente que hubiera preferido seguir en el Penal a seguir viviendo con ellos. ¡Cuánto echaba de menos a mis camaradas! No podía soportar más aquel ambiente de odio hacia nosotros, sus montones de comida y su frialdad.

Me marché a otro pueblo de León a casa de otra hermana de mi madre. Yo pensé: «Aquí tienes que trabajar para ganar la confianza de estas gentes sencillas y buenas.» En el pueblecito no eran más de treinta familias. Organicé clases de adultos. Por ellos tuve relación con los padres y me invitaban y querían que les explicara lo que había visto en la cárcel. Yo había presenciado el asesinato de un niño delante de su madre; lo cogieron por los pies y le machacaron de un golpe la cabeza contra la pared. La madre se volvió loca y pasaba las noches gritando. Todo lo que había sucedido: cómo detenían a las mujeres. También supieron que yo iba a Astorga, donde estaba preso mi padre desde el final de la guerra, lo habían martirizado y destrozado, cuando me disponía a marcharme para visitarlo me trajeron comida y dinero. A partir de ese día me daban dinero para la cárcel que yo enviaba y que no sólo estaba destinado a mi padre.

Un año después me fui a Elche, de donde soy nativa.

Después de muchas peripecias mi marido consiguió mi dirección y me reclamó, y fue cuando me marché a Perpignan.

Al cabo de dos meses conocí a Raúl y el camarada Agudo vino a vernos, fue un punto de apoyo para la Resistencia donde Raúl se hacía pasar por cuñado mío. Mi marido trabajaba en una panadería de noche para sacar sacos de pan para el campo de Rivesaltes. Dormía dos horas, trabajaba más horas para ganar algo de dinero y participaba, además, en los actos de sabotaje y otras tareas de la Resis-

tencia. Nuestra casa fue, hasta la liberación, el punto de apoyo de la dirección política de la Resistencia. Imposible nombrar a todos los camaradas que conocí.

También confeccionábamos *Mundo Obrero* y se copiaba a mano para algunos lugares. ¡Cuántas noches hemos pasado Raúl y yo copiando y confeccionando *Mundo Obrero*! En nuestra casa se hacían diversos materiales y el paso de guerrilleros. Yo vivía casi como una reclusa, no podía tener contacto con nadie. Siempre vigilando, siempre en peligro.

Ángeles Mora, hoy residente en Perpignan, fue y es una gran luchadora. Su testimonio es corto, su vida revolucionaria muy larga. Pone punto final en la Resistencia Francesa en la II Guerra Mundial, pero ella continua la lucha —española— donde el régimen fascista de Franco sigue con la represión brutal contra los antifranquistas que luchan por la libertad de su pueblo. A Ángeles y a su compañero les tenemos entre nosotros. ¡Cuántas veces han traspasados la frontera muy responsables de su trabajo, con temor, con un nudo en la garganta! No era por miedo a ellos, sino por el camarada responsable que tenían que pasar en el coche, dirigentes de su partido, clandestinos en España.

Recuerdo un sábado que venían a recoger al camarada Narciso Julián, había salido de la cárcel de Almería y tenía que acudir a la reunión del Comité Central que se celebraba en Francia. Cuando les encontré en la cita convenida, tanto Ángeles como su compañero tenían un gran disgusto. A unos kilómetros de Barcelona se les averió el coche y tenían para un par de días. Ellos llegaron por sus propios medios a Barcelona pero sin coche.

Los camaradas con coches no estaban en Barcelona porque era sábado y se marchaban fuera. Narciso se estaba poniendo nervioso porque tenía que acudir a la cita de Francia y no había coche disponible. Al final consigo un 600 viejo y destartalado, los propietarios del mismo me dan la llave y nos desean suerte y nos ponen la condición de que al día siguiente lo teníamos que devolver en el mismo sitio donde nos lo habían dejado. Así recogimos a Narciso, y con aquel 600 destartalado y echando humo, llegó a la cita y al día siguiente estuvo de nuevo en Barcelona.

Cuento esto para que los que están lejos de imaginar lo que ha sido el rigor de nuestra clandestinidad sepan que, pese a todo, incluso el miedo, hemos continuado la lucha. Ángeles y su compañero se han expuesto cientos de veces en el paso de fronteras. Yo les recuerdo con cariño como camandas y amigos.

IV. PASCUALA DE BRIHUEGA

Pascuala, no he olvidado nuestro entrañable encuentro en nuestro pueblo aquel 11 de abril de 1974, ya hace más de un cuarto de siglo. Puedo ser tan precisa como la cuenta que conservo del Hostal Princesa Elima, donde comimos por doscientas setenta y seis pesetas, incluidos los cafés y el vino con el que celebramos nuestro encuentro. Para mí no sólo fue el vernos y hablar de lo que siempre nos unió —el testimonio que recogí en el libro que se editó en 1986—, sino también la oportunidad de poder recorrer las calles y plazuelas tan añoradas desde la cárcel y el exilio. Me emocioné cuando vi el edificio en que mi abuelo había tenido su horno y que lucía un rótulo de «Panadería» en el que hacen pan, pero no elaboran las rosquillas y magdalenas que hacía mi madre. Hice algunas sotos de este recorrido sentimental y las guardo en mi álbum como un gran tesoro de aquel viaje. Siento no haberte enviado ninguna foto de aquel viaje y aun lamento más el no haber pedido a nadie que nos fotografiara juntas, tú eras muy conocida en el pueblo y a mí nadie me revordaba, yo estaba acostumbrada a la vida clandestina y quizás fue un exceso de precaución, ya que Franco aún vivía, no murió hasta noviembre de 1975, no quería que mi visita te causara problemas. Hoy después de veinticinco años y con la libertad que nos costó tan cara, tú ya no estás con nosotros para poderlo contar, pero queda tu testimonio publicado un peligros. Necesitaba decírtelo al reeditar en versión resumida, los tres tomos de Cárcel de mujeres (1939-1945), con tu historia, la mía y la de centenares de mujeres luchadoras que hicieron posible, defendiendo ideales, recuperar la democracia sin derramamiento de sangre, ni represión, ni torturas, ni prisión para nadie.

TOMASA CUEVAS

Presas

MUJERES, VOCES Y PROPUESTAS

La labor de compilación de la obra de Tomasa Cuevas comienza en 1974, cuando decide recorrer España e ir grabando con un magnetófono los testimonios de mujeres que habían estado con ella en diversas cárceles.

Contraria al "pacto de silencio" de la transición, decide publicar el material recogido en esas cintas. Tomasa, militante del Partido Comunista y con una gran fortaleza de carácter, recoge los impresionantes testimonios de muchas mujeres que fueron encarceladas, algunas de ellas simplemente por el hecho de ser madres, hermanas o mujeres de activistas políticos. Todas ellas mantuvieron la dignidad y se negaron a ser humilladas en público. ¿Por qué todo este sacrificio no se ha visto nunca recenocido? Bien por este "pacto de silencio", bien por el machismo dentro de los partidos políticos, ya que pocas mujeres resistences y del estilio llegaron a ocupar cargos públicos.

Este libro es un homenaje a todas las mujeres que distante el régimen franquista suftieron represión, tortura, presidio e, incluso, la muerte. Presas

Mujeres en las cárceles franquistas

Icaria # Antrazyt



Icaria 🕏 Antrazyt